

La educación de los sentidos

Vicente Quirarte

Bueno es que haya transcurrido medio año entre la partida de la doctora Clementina Díaz y de Ovando y la presentación de su libro póstumo. Gracias a ese tiempo, largo en la emotividad, breve en la curación del vacío que nos deja vernos privados de su vitalidad y su alegría a un tiempo manifiesta en sus acciones y sus letras, podemos dar tregua al *dolorido sentir* y centrarnos en el asombro y la admiración que nos proporcionan su curiosidad insaciable, su voluntad de dotar a su México de instrumentos para transitar por sus caminos con mayor lucidez y sensibilidad.

Enfatizo la palabra *México* porque como universitaria de fecunda, generosa existencia, sólo a nuestro país dedicó sus afanes. Aunque tempranas querencias la llevaron a ritmos y metáforas del romancero español, que recitaba con su memoria privilegiada y siempre en la ocasión precisa, México exigió su talento para encontrarla fiel traductora de sus tragedias y accidentes geográficos, la odisea de sus civiles convertidos en brazo armado al servicio de la República, sus ocasiones de contento, sus más lentas y prolongadas batallas para solidificar instituciones.

Su primer trabajo extenso estuvo dedicado a rescatar la figura de Juan Díaz Covarrubias, en un prólogo que puede integrar un libro autónomo, y constituyó el primer volumen de la entonces apenas creada Nueva Biblioteca Mexicana. En esa investigación, pionera como todas las que después emprendería, Clementina hace gala de sus visitas a la fuente que le otorgaba permanente juventud: la Hemeroteca Nacional, que en ella tuvo a su mejor usuaria y defensora. Armada de sus tarjetas y su lápiz que constituía su invencible arma de

combate, penetraba en el laberinto de los sucesos preteritos, en apariencia nimios, para descifrar debates, establecer lazos invisibles, hallar el dato de la vida cotidiana que nadie había tomado en cuenta y que, gracias a su penetración, se volvía trascendente. Una cosa es encontrar las perlas. Otra más difícil, el hilo para sujetarlas, darles cuerpo, lustre, solidez, permanencia. Clementina era dueña de las dos habilidades. De ahí que sus trabajos fueran ganando sitio distinguido en la historia de las mentalidades cuando nos ofrecía, con energía insólita, libros como el dedicado a los trabajos y los días de la Escuela Nacional Preparatoria, la publicidad en el universo de la Odontología, la saga de su amado general Vicente Riva Palacio en su lucha por erigir una república ilustrada.

Uno de los regalos invaluable que me ha hecho mi querida hermana la doctora Elisa García Barragán es el fichero de nuestra homenajead. Ese pequeño cajón de madera es el mejor retrato de Clementina y de una académica de la antigua y eterna escuela: recortes de periódico, meticulosamente doblados para ajustarse al tamaño de las tarjetas, libros por consultar, sucesos pasajeros que en su pupila atenta adquirirían proporciones de epopeya: fragmentos de un discurso amoroso que se convertían coraza invencible en las obras por ella forjadas.

No se debe a la casualidad que *Escenarios gastronómicos* sea un libro dedicado a la educación de los sentidos. La anfitriónía de doña Clementina fue una de sus mejores virtudes, y si en su vida privada supo festejar como nadie a los seres más próximos a ella, hacerlos partícipes de su mesa generosa y succulenta, en su vida pública de investigadora decidió encontrar los elementos



Con Rubén Bonifaz Nuño

que integraban esa puesta en escena que significa la diaria ceremonia de sentarse a la mesa.

Al principio de estas palabras me referí a *Escenarios gastronómicos* como un libro póstumo. No lo es, por fortuna, en el sentido estricto. Imposibilitada para trasladarse con la celeridad que la caracterizaba, desde su cuartel general en Hidalgo —no podía llamarse su calle de otro modo— vigilaba personalmente la marcha del volumen, el rescate de la imagen del periódico para que llegara hasta nosotros con mayor nitidez, la formación de cada página, cuidada personalmente por Agustín Herrera y diseñada por Rafael Herrera e Israel Díaz, con objeto de que ninguna página repitiera su diseño, de la misma manera en que una gran dama no permite que les sea servida idéntica comida a los mismos invitados. De tal manera, pudo revisar y aprobar cada una de sus páginas y ver la impresión de planas de un libro que la mantenía ilusionada y expectante. El resultado es un objeto bello en su austeridad, elegante en su presentación, bajo el sello de la Universidad Nacional, como antes sucedió con obras igualmente notables salidas de pluma clementina.

Existen varias formas de entrar en este libro: navegar gozosamente por sus páginas, tomarlo como una gran enciclopedia y fisiología del gusto, utilizarlo como herramienta para la investigación histórica y literaria, para el estudioso del diseño o la publicidad, para la novela que necesita con urgencia conocer los ingredientes de un platillo preciso o las circunstancias que rodearon la visita de un personaje ilustre. Con justicia, la doctora Díaz y de Ovando se sentía orgullosa de haber formado el diccionario que cierra el volumen II de la obra que hoy presentamos: en orden alfabético tuvo la clarividencia de colocar los productos necesarios, instrumentos para la gran orquesta del banquete. Su inspiración era el célebre *Nuevo cocinero mexicano en forma de diccionario*, publicado en 1845, pero el de Clementina va más allá. De la misma forma en que al terminar una in-

vestigación mencionaba el nombre del primero y el último de sus colaboradores, consideraba que detrás de los que con acierto denominó escenarios gastronómicos, había un ejército de individualidades y productos, de comercios y proveedores que merecían su lugar en la representación. Por eso su diccionario es un instrumento de consulta imprescindible para todo aquel que pretenda asomarse a México entre dos fechas miliares que marcan el inicio de su emancipación política y el cambio de rumbo hacia su plena reivindicación social.

El lugar común afirma que cuando un ser de alta espiritualidad y de profunda huella nos abandona, sus palabras escritas permiten que la conversación no se extinga por completo. Doña Clementina Díaz y de Ovando nos dejó su inagotable herencia, y a ella continuarán acudiendo sucesivas generaciones. Sin embargo, imposible resulta presentar este su hermoso libro sin hacer un mínimo elogio de su persona. El sábado 18 de febrero de 2012 dejó de palpitar su gran corazón. Al dejarnos su imborrable y permanente lección de vida, conocimiento y alegría, continúa latiendo en el de todos nosotros. Ferviente liberal, no fue de golpe en pecho, pero como pocas practicó las bienaventuranzas, una y otra vez y como si no se notara: ejerció pródigamente la caridad, visitaba al enfermo, apoyaba al desvalido. Hoy todos somos un poco más huérfanos, tanto los de su sangre como su familia del alma. En todos, ella supo sembrar alegría, inconformidad, sed de conocimiento. Clementina nunca dejó de ser niña, de reírse, de jugar una y otra vez mediante la invención de mundos que hicieran más vasto el horizonte. Conforme pasan los días nos hace falta su consejo, su irreverencia, el whisky de mediodía que sabía convertir en ceremonia casi eucarística. Soñadora de utopías, las convirtió una y otra vez en realidades, y nos enseñó que nada es imposible. Nos ilumina su lección para seguirla recordando cada minuto de la vida que aprendimos a merecer y aquilatar.